

LA JUVENTUD.

QUINCENAL CATÓLICO DE EDUCACIÓN, LITERATURA Y VARIEDADES.

DIRECTOR

José Silverio de Anda.

ADMINISTRADOR

Miguel Montero.

CONDICIONES

Se publica dos veces al mes y vale un centavo en toda la República.

No se devuelven originales.

Registrado como artículo de 2.ª clase el día 15 de enero de 1905.

EL TRABAJO.

Y LA HONRADEZ.

Dios dijo al hombre en castigo de su desobediencia: "Comeás el pan que te sirva de alimento rociado con el sudor de tu frente" dándole a entender con esto que para proporcionarse el cotidiano sustento tenía que trabajar.

Esta sentencia, que muchos consideran como un castigo, es, reflexionándolo bien, un gran beneficio que el Autor de todo lo creado hizo al hombre.

El trabajo no es un castigo, es un tesoro, una fuente de incalculables riquezas, si va acompañado de la probidad y de la honradez.

Para alcanzar la felicidad y la dicha que el hombre tanto anhela, no basta solamente trabajar, se necesita también ser honrado.

En medio de las tempestades que el hombre sufre en el mar tempestuoso de la existencia, en medio de los desastres y de las adversidades de la vida, Dios por su infinita misericordia, nos ha proporcionado un amigo fiel y desinteresado, un consuelo, un refugio: el trabajo.

El trabajo cansa mucho, nos dirán algunos jovencitos que apenas dejan el tranquilo recinto de la escuela cuando se entregan a la ociosidad y á la vagancia en busca de placeres que están muy lejos de satisfacer los ávidos deseos de felicidad y de dicha que tanto anhelan.

Nada hay tan cierto como que el trabajo cansa, y que las primeras horas les costarán á los que á él por primera vez se dediquen, un supremo esfuerzo; una fuerza de buena voluntad inquebrantable, para que la negra mano del desaliento no venga á confundirlos y á amilinarlos.

Pero hay que advertir que tras el desaliento viene la reacción, y el trabajo se va asinuando poco á poco como un amigo bueno y cariñoso que nos da fuerza, valor y resignación para afrontar con serenidad y confianza los azares y penalidades de la vida.

El trabajo unido á la probidad y á la honradez, enaltece al hombre; y por eso los jóvenes, aunque sean de familias acaudaladas, no deben avergonzarse de abrazar una profesión ó un oficio mecánico, por más humilde que se le suponga.

El zapatero, el sastre, el herrero y el carpintero, el ingeniero, el maestro de escuela, el médico y el abogado que ejercen su oficio ó profesión honradamente, y cumplen fielmente sus deberes religiosos y sociales, son dignos de aprecio y son personas verdaderamente honorables; y por el contrario esa multitud de ociosos y mal entretenidos, que tanto abundan en todas partes, que en nada se ocupan, y á los que el vulgo les da el denigrante nombre de LAGARTIJOS, que viven en la plaza, en la calle, en la cantina y en las casas de juego, y á los que su familia tiene que darles hasta los tres centavos que vale la cajetilla de cigarros que se